

LOS SEIS DIAS DE BADAJOZ

Organizado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País, se ha celebrado en Badajoz durante los seis primeros días de diciembre el Seminario Bravo Murillo, centrado en la temática del desarrollo regional. Una docena de ponencias —seguidas siempre por un coloquio con el autor— han llenado estas jornadas cuyo planteamiento teórico respondía a un triple nivel: el desarrollo regional en términos generales, análisis de la situación actual de Extremadura y enjuiciamiento del Plan Badajoz. En la práctica fue la constatación de la realidad extremeña quien se llevó «la parte del león» y, más concretamente, los problemas por los que atraviesa la provincia pacense.

En un primer sentido informativo, el Seminario ha resultado útil, pienso que más para los que venían de fuera que para quienes viven cotidianamente esa dura situación por la que atraviesa Extremadura. De los trabajos presentados y de la documentación suministrada a los seminaristas puede extraerse un volumen de datos importantes con los que encarar la problemática de la provincia. Extremadura quizá sea en estos momentos la región española menos conocida por el resto del país, la más ignorada por todos. Su actualidad no es nada grata: inmersa en un abierto subdesarrollo, despoblándose a un ritmo vertiginoso, tampoco en un futuro inmediato parece avistarse un cambio sustancial.

Junto a otros factores que intentaremos exponer en un futuro trabajo, creo que son razones políticas y sociales las que engendran dicho subdesarrollo. La supervivencia de una propiedad agraria latifundista, el desnivel en la repartición de la renta y la ausencia de unos canales a través de los que las clases populares —aquí, predominantemente agrícolas— puedan hacer efectivas sus reivindicaciones han de considerarse como causas fundamentales de la «depresión» (término habitualmente empleado en el Seminario sustituyendo al más duro de «subdesarrollo») extremeña. El gran vacío de los coloquios de Badajoz ha sido precisamente el de no profundizar en estos factores, en rehuirlos sistemáticamente bajo todo tipo de evasivas, como en un acuerdo más o menos tácito de no tratar cuestiones comprometidas o peligrosas. Porque en una reunión de este tipo no sirve la simple enunciación de unos problemas (los que más lejos llegaron fueron González Seara hablando de la necesidad de un «cambio estructural» si es que de verdad se desea un «cambio social», y Eduardo Barrenechea —redactor-jefe de «Informaciones»— proponiendo una reforma agraria para la región), sino que es preciso atacar a los verdaderos causantes de la situación, a aquellos que conforman una triste realidad.

Como si la advocación a Bravo Murillo (el primer tecnócrata español, no se olvide) fuera mucho más significativa que el simple homenaje a una «gloria regional», el Seminario que llevaba su nombre se movió igualmente en los límites del tecnocratismo, que desgajar a la economía de buena parte de sus concomitancias políticas y sociológicas para dejarla en un esqueleto numérico, marginado en su especificidad. El «desarrollismo» —en el sentido más esquemático del término— invadió el salón de actos del Colegio de Médicos pacense. Dominada la reunión por funcionarios del Ministerio de Planificación del Desarrollo, tuvo en todo momento un aire oficial que el patrocinio de la Diputación Provincial de Badajoz y la presencia en diversos actos de las autoridades locales apoyaban fuertemente, mientras que la gente joven o cualquier representación de las clases populares brillaba por su ausencia entre la cincuentena de personas que seguían habitualmente las sesiones. Sólo algunos ponentes (como los dos citados, o Ernest Lluch, o Alcalde Inchausti, cuya comunicación fue la más dura a pesar de no ir más allá de una constatación estadística) se alejaban de la órbita del Ministerio de Planificación, corriendo la dirección a cuenta de Juan Velarde —actual secretario general técnico de dicho organismo— y José María Lozano Iruete, también funcionario. Fallaron dos especialistas (Amando de Miguel y Ramón Tamames), en quienes los engendradores de la idea del Seminario confiaban para compensar con su presunto espíritu crítico el oficialismo de la mayoría restante. Que triunfó, por fin, a lo largo y lo ancho de los seis días. Sin que ello signifique negar el valor en sí de ponencias como la del propio Velarde sobre migraciones interiores o la de Campos Nordmann, en la que pidió que se detuviera el en buena parte fallido Plan Badajoz, hoy más obstáculo que ayuda para el desarrollo de la región.

Tal como mantiene Eduardo Barrenechea, es importante que en Badajoz se haya llevado a cabo una experiencia así, pues todas las demás reuniones de estudio sobre desarrollo regional se habían celebrado hasta el momento en zonas de alto desarrollo, como Vascongadas o Cataluña. Quizá estemos ante un indicio de toma de conciencia por parte de la «España del sol», de nuestro tercer mundo particular. Pero extraña que esa «toma de conciencia» adquiriera unas características como las que hemos intentado describir. Nos queda, ya es habitual, preguntarnos si hoy, entre nosotros, en una colectividad —además— como la pacense, es posible actuar de manera diferente a como se ha hecho en los «seis días» de Badajoz; es decir, crítica y políticamente. ■ FERNANDO LARA.

La Capilla Sixtina

LA COYUNTURA

El proyecto de Ley de Colegios Profesionales ha llegado a las Cortes tras una larga marcha por la estepa castellana. Con el peso adicional de seiscientos enmiendas, el primitivo proyecto gubernamental llega al debate cansado, y algunos dirían que irreconocible. Pero tras las arrugas del agotamiento se esconde la misma mirada del mozo de antaño. De todos es conocida la habilidad que tienen los legisladores hispanos para la cirugía plástica y el simultaneísmo semántico.

De todo este asunto, lo más sorprendente es la declaración del procurador señor Pío Cabanillas. Según él, el anteproyecto se ha dulcificado notablemente, porque nació en un período de tensiones colegiales y ahora esas tensiones han desaparecido. Sorprende que un proyecto de Ley con vocación de futuro se redacte con la fragilidad nerviosa de los conflictos pasajeros. Y también sorprende que alguien pueda sostener que ha desaparecido el mar de fondo entre los profesionales. El primitivo proyecto estaba cargado de mal humor, y el actual proyecto está cargado de humor; ya no me atrevería a decir si del bueno o del malo.

Pero ha habido humor, y del bueno, durante las primeras escaramuzas. Por ejemplo, alguien preguntó cuál iba a ser la actitud del Gobierno a la vista de que las Cortes le devolvían un anteproyecto irreconocible o aparentemente irreconocible. ¿Ya se ha enterado el Gobierno de los cambios? Los ponentes dijeron que no, que de ninguna manera, y el señor Solís Ruiz dijo por su cuenta que los ministros-procuradores habían recibido el texto propuesto en el mismo día del inicio del debate.

Este Gobierno no gana para desconciertos. Las Cortes le devuelven el proyecto negativa al servicio militar en un estado lastimoso. Enviaron el proyecto esposado y se lo de-

vuelven cargado de cadenas. Antes habían enviado el proyecto de colegios profesionales cargado de cadenas y se lo devuelven esposado. Yo tampoco me aclaro gran cosa y consulto entonces con mi amigo Hinojosa, profesor no numerario que ha dejado de ser no numerario y profesor de Derecho Administrativo.

—¿A qué atribuyes tú estos desfases?

—A la coyuntura.

Me dice el científico. Y cuando me lo dice hace un ademán sorprendente. No señala el cielo con un dedo, ni la tierra. Señala con el dedo hacia el horizonte.

—¿Y por qué señalas tú el lugar de la coyuntura en el horizonte?

—Es un tic, Sixto. Desde pequeño he aprendido que a los indios y las coyunturas hay que situarlos en el horizonte.

—¿Y qué es la coyuntura?

—La coyuntura es la circunstancia circular cuadriculada.

Evidente. Y por ahí debía haber ido el señor Pío Cabanillas a la hora de justificar los cambios de forma y fondo del anteproyecto. En lugar de decir que las tensiones no son lo que eran, debía haber dicho que la circunstancia circular ha cuadrículado de distinta forma. Me gustaría que mi amigo supiera responder a mi pregunta constante: ¿por qué es tan voluble la circunstancia circular? A veces ha tratado de contestarme. Pero sus respuestas no me convencen. Vamos. Juzguen ustedes por sí mismos:

—La circunstancia circular es voluble porque la cuadratura se produce cuando el amorfismo se ipsofacta.

O bien:

—La circunstancia circular es voluble porque la cuadratura no siempre es cuadratura según lo convenido.

¡Y pensar que en la Convención de Ginebra no se previó nada de esto!

SIXTO CAMARA